

DE PASO POR LA MONTAÑA

No há mucho tiempo que, para satisfacer los antojos de mi inquietud juvenil, emprendí un viaje, por allá con rumbo hacia el Magdalena.

Tomé la dirección de la selva del Opón que se yergue altiva entre los contornos de Chucurí (Santander) y la arteria principal de Colombia, en una anchura de unas veinticinco leguas próximamente. Me era preciso, pues, desafiar los rigores e inclemencias de esa montaña virgen que parece un mundo pequeño en el corazón de Sur América.

El astro del día a penas vestía la tierra con un traje tenue y a penas comenzaban a deshacerse los copos de niebla que posados en la cumbre de los árboles simulaban coronas vaporosas como obsequio a su lujo y galanura.

Empecé de pronto a extrañar los requiebros de la mirla y la voz canora del toche para oír los graznidos roncós y lejanos que debían ser de gigantescas aves confundidas allá entre la maleza profunda. Poco a poco se iban borrando atrás todas esas tierras chucureñas sembradas de verdes pastos que semejaban una alfombra aterciopelada extendida sobre la comarca tranquila.

Fui penetrando más y más, pasando insensiblemente a un estado de éxtasis contemplativo en que me olvidé de este mundo para quedar absorto solamente ante los espectáculos que se cumplían en aquel escenario de actores desconocidos.

Desde los ramajes trenzados que decoraban el interior de aquel magnífico teatro, se dejaban oír curiosos cuchicheos que en medio de una incesante inquietud despedían multitud de avejillas que revolaban en torno de las flores.

La vocinglería de bandadas de loros y el penetrante graznido de la oropéndola parecían saludos entonados a la hermosura de la mañana, unidos a los arrullos y gorjeos llenos de timidez y dulzura que entrelazados se oían en las copas de los robles corpulentos.

Silenciosos riachuelos se deslizaban sobre lechos de aluvión describiendo caprichosas curvas y avergonzando las raíces desnudas de los árboles ribereños, las cuales entraban y salían como para huír del ultraje de la corriente atrevida.

El rocío pendía de las hojas y se abandonaba, ya dejándose caer en forma de gotas cristalinas o deslizándose a lo largo de los tallos; y así, por dondequiera, se hacía forzosa la idea de que la naturaleza buscaba la soledad para llorar la ausencia del rey de la creación.

El sol ya oculto por una red tupida de lujoso verdor, filtraba de cuando en cuando juguetones destellos interrumpidos a veces por las alas extendidas de algún buho retrasado y soñoliento a quien el día había sorprendido lejos de su agujero, o por grupos de mariposas fugitivas que en sinuoso vaivén describían figuras de contornos mal definidos.

Las horas volaban. El rugido estridente de las fieras que de lejos me llevaba pavor, junto con agudos silbidos, tal vez de las serpientes que se cruzaban entre la hojarasca humedecida; la algazara de los monos suspendidos que amenazantes vociferaban en mi dirección; el cantar de tantos pájaros con que, junto a sus nidos, arrullaban sus polluelos, y ese ruido o armonía de aquella tétrica morada, simulaba una lejana sinfonía cuyo compás lo marcaban el ir y venir que incesantes mantenían las ramas preferidas del follaje, juguete de los vientos.

Ya el astro rey iba descendiendo al ocaso. Y ahora aquellos riachuelos donde a trechos se veían ya sobre-

saltar plateados pececillos; los vientos, las ramas, las flores y aquel conjunto y aquella hora parecía enmudecer para escuchar atenta los pasos del transeúnte; todo aquel mundo virgen se disponía al reposo: dejaron de oírse los trinos melodiosos, perdió sus ecos la algazara de los monos, las aves desaparecieron, se apagaron los silbidos, solamente unas avecillas diminutas musitaban débiles requiebros, y con sus saltos y giros cumplidos entre la enramada interior que complicaba la bóveda, desempeñaban el papel de aquellos pequeñuelos que se cambian secretos picarescos a vista del viajero; mas por esto no dejaba de comprenderse que la naturaleza, unas horas antes despierta y agitada, dormitaba ahora con la majestad de una fiera que descansa después de sus retozos.

GUSTAVO ATUESTA
Oficial del Colegio.

LA TRADUCCION (1)

Traducción, versión o traslación, es el resultado de expresar en una lengua lo dicho en otra.

Según el Brocense, «más difícil es traducir lo ajeno que componer lo propio.» Tratándose de traducciones es aforismo corriente que *la extremada fidelidad es una infidelidad extremada*: de ahí el adagio italiano, *traduttore, traditore*.

Para no trasladar servilmente, a más de tener buen gusto es preciso buscar las expresiones más propias del

(1) Pueden consultarse: *Essay on the principles of translation*, A. Fraser Tytler, 3ª ed. Edimburg, 1913; *Anuario de la Academia Colombiana*, t. 1, artículo de Cuervo; Prólogo de Caro a las *Traducciones poéticas*; Menéndez Novella, *Gula del traductor*, Madrid, 1907.